

Dossier | Mujeres y humanismo: reflexiones,
críticas y aportes

EL LENGUAJE DE LA LLUVIA, de Julieta Pinto, como metáfora de la interioridad del sujeto

Óscar Gerardo Alvarado Vega

Universidad de Costa Rica
San Pedro, San José, Costa Rica
oscar.alvaradovega@ucr.ac.cr

<https://orcid.org/0000-0003-3897-0232>

Recibido: 07 de octubre de 2021

Aceptado: 10 de noviembre de 2021

RESUMEN

En este texto se plantea la manifestación metafórica de la lluvia en correspondencia directa con el ser y el devenir del personaje central de la novela *El lenguaje de la lluvia* (2000), de Julieta Pinto, Lucía, y lo que comporta la simbología de su nombre en medio de las relaciones de encuentro y desencuentro que circundan su vida. Se plantea la vida de la niña/mujer en su relación armónica con la naturaleza y en su divergencia existencial con el mundo de la ciudad.

Palabras clave: lluvia; metáfora; vida; existencia; búsqueda; armonía; humanismo.

The rain's language, by Julieta Pinto, as a metaphoric interiority of the subject

ABSTRACT

This text shows the metaphoric manifestation of rain in *The rain's language* (2000) by Julieta Pinto, as a direct correspondence with Lucia, the main character's being and her becoming, and how the symbolism of her name is related with encounters and discounters surrounding her life.

The girl/woman's life is posed in a harmonic relation with nature and her existing divergence with the city's world.

Keywords: rain; metaphor; life; existence; search; harmony; humanism.

En esta novela publicada en el año 2000 predomina el tema de lo amoroso, como tema que da excusa a la referencia vital de la naturaleza y al entorno que contiene la historia de amor y desencanto del personaje principal, es el relacionado con el devenir de Lucía con su esposo Felipe y su amigo Fernando, en una especie de relación de amor-odio que se desarrolla a lo largo de la trama.

La mujer, en la literatura en general, va ocupando un espacio de asimilación diferente, hasta adquirir una voz importante. En este texto en particular, la voz de Lucía es una reflexión con respecto a lo que significa su espacio en el mundo. Su ser mismo. Si el Humanismo plantea el redescubrimiento del ser humano, Lucía se va redescubriendo a sí misma y procura darle un sentido a su vida, a su vitalidad.

Novela de meditación, de ensimismamiento en la cual Lucía, como luz que se ilumina a sí misma, que da cuenta de su ser, de sus encuentros y desencuentros, “arroja luz” en torno a su existencia y va dando cuenta de su vida por medio de la palabra reflexionada, de su encanto y desencanto, de su relación fallida con el esposo, de su búsqueda, de su intento de ser feliz, de su imposibilidad para encontrar la felicidad.

Cada uno de los epígrafes que contiene la relación de los pequeños capítulos, por llamarlos de tal manera, van construyendo el significado principal de la novela, a manera de guías, en donde la lluvia, la idea del agua, el pasar mismo de esta, es la historia que fluye, desde la niñez hasta la edad adulta de Lucía, en donde la niña y la mujer, la mujer y la niña se tejen y destejen en una relación intrínseca: son una, son la misma y son distintas. Las expectativas vitales han cambiado, Lucía es otra, “luce” diferente, a pesar de que se arraiga a los recuerdos, a pesar de que los recuerdos “reproducen” su historia, su vida. Estos epígrafes funcionan como metáforas en su relación con el mundo. Es el devenir, el cambio, el fluir del agua, el fluir de la vida. Es Lucía que deja de ser la niña, ya no solo en actitud sino en su relación con el mundo, con los otros, con su esposo, consigo misma.

La narración en primera persona permite ahondar en el relato interiorizado y psicológico, característico incluso de la narrativa de Julieta Pinto, y nos da la certeza no solo de la profundidad del personaje, sino de sus conflictos, de sus dudas existenciales, de sus temores, de sus anhelos, de la complejidad de Lucía como personaje central en su relación con los otros.

La niña Lucía, paulatinamente, va renunciando a sus mundos de ensueño y descubre un nuevo universo de desencanto, de desilusión, pero también de reflexión. De nuevo, como el agua, como el río, como el concepto de Heráclito de Éfeso. Las cualidades esenciales del ser humano, que plantea el Humanismo, confluyen con las cualidades que Lucía exhibe. Es su compromiso con la vida y consigo misma. Es la defensa y búsqueda de su propia verdad, en relación no solo con los demás seres humanos, sino también con ese espacio ocupado por la naturaleza y cada uno de sus elementos.

Al lado de ella cabe señalar la existencia de otro personaje que adquiere una dimensión personificada desde su carencia de esencia personificada: la lluvia. Ese fluir, esa referencia continua hacia esta, parece devenir en un leit motif, en una recurrencia necesaria para expresar el pasar de la vida y de las experiencias que van alimentando a Lucía, que la van construyendo como personaje en el entorno o espacio en el cual se desarrolla.

En medio de todo esto, la descripción detallada va perfilando la idea de un espacio idílico en el cual esta crece y se hace mujer, pero que al mismo tiempo tiene las contradicciones de un sujeto: es variable, en tanto idílico, pero también cargado de misterio y perversidad; es dinámico, pero con cierta permanencia que lo configura desde esta concepción de lo paradisiaco. Es el paisaje, la naturaleza, con toda su seducción y peligro. Es el lenguaje de una lluvia que se dice y se desdice de manera permanente.

Se juega con el tiempo de la niñez y la madurez de Lucía, en un proceso permanente de analepsis y prolepsis que van configurando la historia. Lucía da cuenta de su historia, de su ser en el espacio del campo y la urbe, como lugares de construcción de su propio ser, que terminan, claramente, por ser disímiles.

En medio de todo esto, naturaleza y sexualidad parecen confluir, en tanto se manifiesta la historia erótica de Lucía con su futuro esposo, Felipe. Ello manifiesta y ratifica la comunión que puede darse entre el ser humano y el entorno natural, que luego ha de manifestar cambios. Esta confluencia nos permite darnos cuenta del carácter simbólico de Lucía, tal como su nombre lo indica, en tanto luce la naturaleza, la belleza y la majestuosidad sobre sí, en un pleno diálogo entre el entorno y ella. Y la frescura de la lluvia es la misma que se desprende de Lucía. De allí que podamos señalar que el lenguaje de la lluvia, como lo indica el título, es el lenguaje de la propia Lucía y de su inmanencia con ese mundo que la rodea.

En afinidad con lo anterior, se van tejiendo la ilusión y la nostalgia, pero en ocasiones también el desencanto ante la llegada de un mundo que cambia ante ella, y en un proceso de pérdida de relaciones o de nuevas lecturas de personajes ante sus ojos, que le otorgan una visión diferente del mundo.

La lluvia posee un lenguaje que se interrelaciona con el lenguaje interior de Lucía, pleno de reflexiones en torno a su vida desde la infancia hasta la madurez de la mujer que entra en conflicto con Felipe, su esposo. El mundo de fantasía se (con)funde con el de la realidad que golpea el devenir de Lucía y los suyos.

La naturaleza rodea la niñez de Lucía, la envuelve y la convierte en un mundo de ensoñación, que contrasta con el de la Lucía mujer, un mundo de desencanto predominantemente, donde la naturaleza cede su lugar al espacio urbano, a un nuevo concepto vital en su existencia.

El Humanismo plantea una ética, lo cual es importante en relación con la visión del mundo, con los valores humanos y los valores naturales. Lucía manifiesta sus valores inmersa en ese mundo de contrastes con los demás y con su propio ser. Es la búsqueda de sí misma. Y la naturaleza es un vehículo que le permite ese proceso de ensimismamiento y reflexión para llegar a lo más profundo de su ser. Es su forma de conocimiento, de aprendizaje y de aprehensión del entorno. Ante ello, el mundo de hadas se va difuminando con el paso de los años: “Mi niñez discurrió en armonía con la naturaleza, mientras fuerzas subterráneas continuaban su crecimiento en los nichos del tiempo” (Pinto, 2000. p. 19). Así que la lluvia es su palabra, pero es también la palabra de la naturaleza que se manifiesta vehemente o apacible. La lluvia confluye en Lucía. Ella misma es un torrente de palabras en ocasiones o un simple arroyo que va delimitando sus acciones.

Lucía se da espacio para transformar y transformarse, para conocer, para aprender a conocer. El Humanismo plantea este desarrollo esencial del ser humano, y ella lo ejerce de tal forma. Manifiesta sus inquietudes, y reflexiona con respecto a ellas.

De tal forma, las gotas de lluvia, mientras tanto, son como ella, tal como lo señala en uno de los epígrafes: son las gotas que no saben de dónde vienen ni hacia adónde van. Es una búsqueda, tal como la propia búsqueda de Lucía en torno no solo a su futuro, sino hacia su interior.

El llanto de la lluvia es el llanto melancólico de Lucía cuando su mundo se resquebraja, cuando el universo de hadas se desdibuja:

Cede un poco la angustia que he sentido esa mañana, pero se mezclan los pensamientos, pienso en aquella mujer y pienso en mi padre, en todo lo que yo tengo y en lo que les hace falta a aquellos niños y recuerdo los granos de café perdidos en el suelo. Es tal la confusión que paso los días pensativa y triste, y callo cuando preguntan qué me sucede. (Pinto, 2000, p. 45)

Es la aparición de una nueva conciencia en la cual la pobreza se le torna injusta, pero existente, a pesar de la carencia de los niños, a pesar de la riqueza de algunos.

El mundo de Lucía no es el de los demás. El suyo es un mundo que se ha quedado perdido en el tiempo, atrapado en la nostalgia, y que la castiga porque se sabe impotente para rescatar este, mientras la visión de mundo de Felipe y las nuevas generaciones va construyendo un modelo distinto para el cual no tiene respuesta o con el cual no logra comulgar.

La historia transcurre al compás de los epígrafes, mientras el mundo se transforma y Lucía cambia. Su transformación es una especie de ser y volver a ser, pero no ser lo que antes era, en un cambio que se resigna ante lo imposible de un no cambio. Ama su entorno

primero, pero debe ajustarse a un nuevo espacio, que es no solo de lugar, sino de percepción interior de su propio universo, una transformación que le resulta, al menos así parece, indigerible.

De tal forma, ese vacío que se va gestando en su entorno de naturaleza, es también su propio vacío interior. Es la desposesión de un ser que ya no es el mismo, es el fluir del concepto heraclítico que ya no solo no regresa, sino que se transforma por completo, se le desdibuja y se le torna ominoso:

He regresado al árbol, el ruido ya no existe, hay un orificio oscuro y áspero como tus palabras. Cuando he introducido mi mano he sentido que palpo tu distancia. ¿Por qué? ¿Acaso no había en mis ojos una luz que anhelaba ser perpetua? ¿Acaso mi cuerpo no te insinuaba que estaba hecho para el vuelo? Quiero huir de esos ojos que me persiguen, de esos labios entreabiertos que dicen algo que no entiendo, algo como que los sueños se han desmoronado y no puedo esperar que vuelvan a formarse, algo como que el amor ha muerto y no puede resucitar... (Pinto, 2000, p. 51)

Los epígrafes evolucionan con el paso de la novela; ellos son el descriptor de la interioridad de Lucía, la cual poco a poco decae. El lenguaje de la lluvia va dejando de ser lo que era para convertirse en el testimonio de la soledad de Lucía, en el llanto, en la tormenta, en lo gris, en la tristeza. Son las ráfagas de viento que chocan contra la lluvia, como se indica en uno de ellos, mientras el mundo de Lucía se desmorona y adquiere una perspectiva diferente. El espacio de lo idílico da lugar a una nueva concepción de la naturaleza como entorno y como símbolo de la subjetividad del personaje central.

Lucía aprende a ser crítica, a tomar conciencia, y ello es precisamente lo que el Humanismo plantea para el ser humano. La literatura es un medio eficaz para ello. Su capacidad de producir significación y de referir al contexto en el cual se produce y lleva a cabo, la convierte en un medio fundamental para dar cuenta de lo que representa el devenir del ser humano en el mundo, en su contexto, en su historia, en su función.

Con base en ello, no es casual que el padre de Lucía monte al caballo y este se oponga a sus preceptos. La mirada de Lucía los sigue, y la comunión que existe entre estos termina por reafirmar ante ella la posibilidad de una comunión posible. Un primer duelo en el cual vence el caballo, que no se deja gobernar por el amo. El castigo no sobreviene, sino el reconocimiento por parte de aquel. Es en ese momento cuando ante ésta surge precisamente la clara idea de un mundo en el cual el reconocimiento del ser humano y la naturaleza, como símbolos, pueda ser factible.

Lucía se afina en sus sueños en ese espacio prometedor que le ofrece la tierra, la casa y la hacienda. Allí están sus motivos vitales. El contacto con una naturaleza que reverdece durante los inviernos y los fuertes aguaceros, o que presenta colores amarillentos, cuando el sol aleja las nubes y el verano campea sobre las tierras calientes.

En el campo están sus sueños, mientras en el espacio urbano estos se debilitan. En el campo vive las tormentas, los grandes diluvios que se ciernen sobre todo, pero que aún así le brindan una dimensión diferente de la vida, acorde con lo que desea. La naturaleza es su amiga. El campo es su lugar, su hábitat.

El conocimiento y el desconocimiento en torno al presente y el porvenir derivan de uno de los tantos epígrafes. La tierra absorbe el agua de las lluvias y el invierno pero los ríos caminan, corren hacia un inexorable destino. Son como Lucía, capaz de entender su presente, pero con la ignorancia de lo que ha de acontecerle luego, ya no solo en su espacio de predilección, sino en otros lugares y en otras relaciones. Es un futuro del cual no se tiene plena noción en cuanto a su desarrollo: “La voz de Trino hace que yo contemple tristemente mis piernas largas, y la pesadilla de la ciudad se vuelve verdadera. No quiero pensar en eso y las palabras de mis padres me lo recuerdan constantemente” (Pinto, 2000, p. 72).

La partida que se avizora, apenas en su niñez, la aleja de todo lo que ama y la sumerge en un mundo que le resulta desconocido y poco halagador. Su vida está en el campo, en la hacienda, en medio de la naturaleza:

Escapo de la casa para no escuchar más, pero las palabras quedan flotando en las habitaciones. A mi regreso resuena aún su eco. Otras veces se van conmigo, enturbian la mañana y se burlan en el bullicio de las hojas secas. Miro las plantas de maíz sembrado y me asalta el temor de que no estaré aquí cuando recojan mazorcas. Ni mazorcas, ni caña de azúcar, ni el trapiche encendido, ni el café maduro, ni los canastos de las cogedoras. (Pinto, 2000, p. 72)

El mundo futuro se le torna fatídico. Es el paso hacia una experiencia no deseada. La entrada a la escuela es la pérdida simbólica de su libertad y alegría, el alejamiento de su espacio idílico.

En ese antagonismo entre campo y ciudad es claro que el eje que los opone es la nostalgia. Es lo ido como oposición de un tiempo mejor, construido desde el concepto tradicional referido al respecto. Lo cierto es que Lucía construye su espacio de identidad, que se va transformando sin dejar esta a un lugar desde el cual le resulta difícil enfrentar los cambios que la alejan de lo que fue lo mejor para ella: el contacto con la naturaleza en contraposición con el peso de la urbe y sus consecuencias.

La interioridad de Lucía se manifiesta en la necesidad de gozar de un espacio abierto. La ciudad se torna en una cárcel simbólica, en espacio que aprisiona los sueños de esta y la amarra, la contiene. Este encierro que se le impone desde la niñez termina por marcar también su pensamiento como mujer.

Lucía, por lo tanto, procura descubrir y redescubrir el entorno y el mundo. Si el Humanismo plantea estos aspectos como esenciales en lo que a la obtención del saber se refiere, esta, como tal, aspira a un saber que aún no posee, pero que está en proceso. Aprende de la naturaleza, aprende de los otros, aprende del mundo; incluso puede aprender de sí misma mientras introyecta sus pensamientos.

Por ello, la hacienda es el ligamen con el pasado, con la añoranza, con lo que ha dejado atrás, pero a lo que no renuncia jamás:

¿Recuerdas, Felipe, que después de innumerables discusiones accedí a vivir en la ciudad? Tus ocupaciones te reclamaban, y yo pensé que con el cambio volveríamos a ser los mismos de antes. Ignoro si disfracé las palabras, o si acepté vivir un tiempo en la ciudad para tener oportunidad de ver más a Fernando. Aprendí a respirar el humo denso de las calles, mirar caminos de concreto en vez de campos y montañas, me acostumbé a dormir con ruidos de autobuses y olvidé el silencio de los caminos en la noche. Me volví fanática del cine, conciertos, conferencias, del tráfigo de un mundo diferente del que yo conocía, y mi escritura quedó sepultada en la arboleda, acaso esperando mi regreso... (Pinto, 2000, p. 78)

La hacienda es su lugar de deseo, y los frutales son su comunicación con el mundo que se le escapa poco a poco, y los juegos con su perro son lo mejor de aquellos años, en los cuales podía ensuciarse en la acequia. La niña mujer y la mujer niña pasan por el filtro de un desencanto vital que se arraiga en lo profundo de su ser.

La lluvia es nostalgia, porque es la comunicación directa con su pasado, de nuevo a partir de lo que significa el devenir heraclítico. La vida fluye, y la de Lucía se asoma a nuevos derroteros que la alejan de lo idílico infantil.

La lluvia deja de ser lenguaje para asimilarse a la propia Lucía. La lluvia es ella, tal como lo apunta uno de los epígrafes; ya no es la que cae a su lado, sino que es más bien su esencia como ser, como mujer. La misma lluvia que le promete un regreso al hogar, que tarda en darse.

La naturaleza violenta su manifestación por medio de las tormentas, pero también ello simboliza el espíritu de Lucía, el cual se oscurece, se vuelve denso en ese gris profundo, mientras el sol desaparece. Cada epígrafe es un episodio del ser de Lucía mujer, que añora a la Lucía niña.

La lluvia es murmullo que se vuelve inconsolable y que ratifica el proceso de degradación que marca no solo a la naturaleza, no solo al campo, sino al propio ser de Lucía en su relación con los demás y con el mundo. Su vida se sumerge en túneles sombríos como la lluvia, según apunta otro de los epígrafes.

Ese mundo de ensueño, que es su mundo, es también un espacio de miedos y de sustos, pero su propio espacio, como cuando se pierde al correr en medio del cañaveral, corriendo tras un pájaro, y solo después de varias horas logran encontrarla, asustada y llorando. Aun con ello, su identificación y su sentido de pertenencia no se borran.

Finalmente, despojarse de su relación con Felipe, romper el matrimonio que se ha convertido en cualquier cosa menos en amor, es una forma de liberación, de regreso a lo que fue. Es el pensamiento que ahora se cifra en Fernando. El final es un renacer de Lucía. La lluvia se va, las sombras se deshacen, el sol asoma y Lucía comienza un nuevo proceso de escritura, escribe su propia vida, escribe la naturaleza, escribe la ciudad, se escribe ella misma.

BIBLIOGRAFÍA

Alvarado Vega, Ó. G. (2009) *Literatura e identidad costarricense*. Editorial Universidad Estatal a Distancia,. San José, Costa Rica.

Bajtín, M. (2011). *Las fronteras del discurso*. Buenos Aires: Editorial Las cuarenta.

Bodas, L. (2012). "Humanismo, humanidad, humanitarismo. Los avatares de la idea de los derechos humanos en Jacques Ranciere", en *Humanismo/animalismo* (Miguel Cereceda, Tomasso Menegazzi, editores). Madrid: Arena Libros. Páginas 185-20.

Chavarría, G. (2010). *Literatura y humanismo en el Siglo XXI*. San José, Costa Rica: s.e.

Espinosa Brilla, D. (2003). "Humanización de la Educación en las Humanidades". *Revista Girasol*, Volumen I, Abril 2003, Extraordinario, pp. 141-147.

Pinto, J. (2000). *El lenguaje de la lluvia*. San José Costa Rica: Editorial Costa Rica.

Valembois, V. (2007). *Vigencia y vivencia del Humanismo*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.